

La conocido y acreditado escritor Otto Miksche publica en la "Revue de Défense Nationale" del pasado mes de marzo un interesante trabajo sobre la expansión rusa vista desde Moscú y que extractamos a continuación.

El equilibrio europeo, que ya en 1919 fue duramente sacudido al terminar la Primera Guerra Mundial, fue completamente modificado en 1945 por los acuerdos de la Conferencia de Yalta. En siglos anteriores, Europa estaba constituida por tres grandes zonas o espacios geopolíticos: la Europa del Este, la del Centro y la del Oeste. Durante mucho tiempo, Europa Central desempeñó el papel de bastión o muralla sobre el cual venían a chocar primeramente las invasiones de los mongoles y de los turcos, barreando después las rutas de los pueblos eslavos; pero desde el desmembramiento del Imperio austro-húngaro por el Tratado de San Germán se anularon las realidades económicas, políticas y culturales de una región que constituía, de hecho, una entidad geopolítica claramente definida. Cincuenta años después de la primera guerra, el tiempo transcurrido no ha ratificado las decisiones tomadas entonces por las potencias vencedoras en 1918.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), el paneslavismo vino a realizar su vieja aspiración de poner pie en la cuenca del Danubio, y sólo la antigua Servia (Yugoslavia) pudo escapar de su dominio. Con ello, la llamada "Mitteleuropa", verdadera avanzada ha-

Traducción del General
GALLEGO VELASCO
(De la Revista Ejército de España)

cia la Europa Oriental, quedó transformada en una cadena o cinturón de países satélites sovietizados, que desde el Mar Báltico se extiende hasta el Mar Negro. Al desaparecer esa Europa Central, quedaron el Este y el Oeste europeos como vecinos medianeros e inmediatos, en situación análoga a la existente diez siglos antes, cuando las tribus de los pueblos eslavos llegaban hasta las márgenes del Elba y del Save (cerca del Danubio), La actual Europa ha perdido no solamente el equilibrio geopolítico, sino también su autonomía profunda, al quedar sometida a la presión ejercida por un imperio gigante paneslavo (ruso), que se extiende desde la cordillera de los Urales hasta las costas del Pacífico. Rusia se da perfecta cuenta de que si Europa no logra. mediante un gran esfuerzo de unión y pacificación, darse nuevos apoyos, no podrá permanecer en su actual posición inestable, sobre todo desde que sus columnas sustentadoras en el Mediterráneo y en el Próximo Oriente se encuentran cada día más debilitadas, lo que da a los rusos ocasión y oportunidades de expansión como no se les había presentado en todo lo largo de su historia.

*

Hasta la última gran guerra (1939-45), la Unión Soviética constituía Imperio que, a pesar de su gran extensión, se encontraba aislado geográficamente del resto del mundo, al margen, por lo tanto, de la historia política mundial. Pero a raíz de 1945, y a favor del glacis conquistado entre el Báltico y el Mar Negro logró la posibilidad de presionar a las naciones europeas de Occidente. Su dominio sobre la Europa Central y Oriental, unido al progresivo crecimiento de su producción industrial y de la de los nuevos países enrolados al comunismo, ha hecho que, de ser un país relativamente aislado y típicamente continental, se haya convertido en la segunda potencia mundial.

En el corto período de una veintena de años, Rusia ha logrado extender su influencia hasta las puertas de América e infiltrarse, no sólo en el S.E. de Asia y en la India, sino en el mundo árabe y en el Africa negra. La diplomacia occidental en sus esfuerzos de pacificación, nos parece haber dado pruebas de una singular negligencia, al permitir que Moscú extienda sus tentáculos sobre los otros continentes. Aunque el sol rojizo del comunismo clásico suavice aparentemente su inicial virulencia, el paneslavismo proyecta su sombra sobre nuestra Europa Occidental, estimulado por un nacionalismo ruso dinámico y liberado, en cierto modo, de los lazos paralizantes de la vieja ideología marxista, por lo que se hace más peligroso que el clásico comunismo, trabado por sus contradicciones y sus antiguos dogmas.

Guardémonos, por tanto, del craso error de creer que el antagonismo del Este y el Oeste es sólo un enfrentamiento puramente ideológico, sin tener cuenta los factores que desde el siglo XVIII han determinado tenazmente la política rusa. Acabamos de ver por los sucesos de Checoslovaquia, que el Kremlin no está dispuesto a admitir el desmoronamiento de su glacis europeo. Al mismo tiempo, le vemos preparar sus bases de operaciones fuera de Europa, especialmente en el Mediterráneo y en Asia Menor, sobre puntos de especial importancia estratégica, que las antiguas potencias coloniales han abandonado voluntariamente, con quizá demasiada premura.

Con ello, el antiguo sueño de los Zares de penetrar en el Mediterráneo ha podido ser logrado, sin lucha ni oposición alguna, por los modernos zares rojos, bajo la máscara de la "coexistencia pacífica"... Con la conquista de Europa Central, la reciente aparición de una fuerza naval rusa al sur de los Dardanelos forma parte de los acontecimientos que llevan en sí el germen precursor de un verdadero giro de la Historia. Cualquiera que sea el porvenir o desarrollo del comunismo, Rusia prosigue, hoy como ayer, su política tradicional, hábil y misteriosa, para provocar grandes sorpresas. Desde el último golpe de Praga, nadie podrá creer que Moscú esté dispuesto a resolver a fondo y lealmente las diferencias que le separan del Occidente. a no ser que renuncie a sus objetivos históricos y a su viejo y astuto precepto de que "lo que es mío, es bien mío; discutamos lo que todavía es tuyo". Si perdiéramos de vista esta dura realidad, caeríamos, ciertamente, en la trampa con que nos tratan de seducir ciertas frases o palabras de doble sentido, en el actual vocabulario de las relaciones internacionales.

La palabra "detente", por ejemplo, nos ofrece varias interpretaciones según las circunstancias en que la utilicen los diplomáticos y los hombres de Estado de uno y otro campo. Si Occidente ve en ella el tratar de resolver los asuntos mediante negociaciones entre países soberanos, con el deseo de lograr un entendimiento y la aproximación recíproca por la pacífica competencia y el libre ejercicio del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, el Kremlin, por el contrario, ve en esa misma palabra una disimulada conjura destinada a combatir la hegemonía moscovita sobre los pueblos sovietizados.

Del lado occidental, el practicar tal política de distensión consiste en mantenerse a la defensiva y el evitar lo que pudiera comprometer el mantenimiento del "statu quo": del lado ruso, por el contrazio, la distensión significa el proseguir la lucha por la ofensiva política. A la OTAN., que representa una alianza de Estados soberanos, opone Moscú el Pacto de Varsovia, que no es solamente un instrumento militar, sino que le sirve para dominar mejor a sus propios aliados, imponiéndoles el estacionamiento de las Divisiones rusas sobre sus territorios y la participación de los satélites en las maniobras comunes, con el pretexto de asegurar así la "solidaridad socialista".

Mientras la coexistencia asegura al Este el dominio de la estrategia indirecta, Occidente, interesado temerosamente en su propia conservación, parece renunciar a toda política que trate de combatir a la "pacífica expansión rusa", que, por una curiosa mixtificación, se suele identificar con el conocido "slogan" de "la lucha por la paz", tan invocado por el comunismo y acorde también con su moral acomodaticia de que todo lo que favorece a sus fines está permitido, y lo contrario es inmoral, calificándolo como peligroso para la paz.

Cierto es que tanto los rusos como Occidente tratarán de evitar una confrontación militar directa y no es probable que hayan seriamente pensado en desencadenar una guerra de conquista. Por ello, en vez de intentar franquear el Elba por la fuerza, emplearán otras rutas menos peligrosas para lograr los objetivos de su política, pues la amenaza clásica de índole militar que los Soviets pudieran intentar contra Europa Occidental conduciría a cometer numerosos errores, tanto en el terreno político como en el estratégico.

Las variadas interpretaciones que suele darse a la expresión de "guerra fría"
(que no es invento ruso, sino "slogan"
americano) hace creer a ciertos ingenuos
que la guerra ha terminado, aunque los
fines esenciales de la política soviética
permanezcan inalterables. Tal "slogan"
tiene su réplica en la "política caliente"
practicada por los rusos, quienes persiguen sus objetivos maniobrando sobre el
adversario hasta acorralarle para obligarle a aceptar de un modo gradual y en
abandonos parciales lo que no pudieran
lograr en un solo golpe (algo así como
el corte en rodajas del embutido).

Esto, por otra parte, no tiene novedad alguna, pues ya en 1856 escribía Carlos Marx, en el "New York Tribune", que "contando con la cobardía de las Cortes europeas la Rusia hace sonar el sable en su vaina y exagera sus exigencias hasta el máximo, para adoptar después una actitud más moderada, que le permita lograr fácilmente los objetivos más inmediatos".

Política caliente, infinitamente variada en sus matices, la que en los grandes frentes de batalla ofrece una débil acción en ciertos sectores pasivos mientras aviva las brasas en otros lugares o otros teatros de operaciones; política ardiente y paciente al mismo tiempo, que desgasta los nervios, ya de por sí debilitados, de los occidentales. Que no pierde la visión de conjunto ni la unidad de acción en la totalidad del conflicto permanente entre los dos mundos. Bajo los repetidos golpes de sus fuerzas obscuras, hábilmente camufladas, se van poco a poco modificando las circunstancias a su favor. Su ambición suprema persigue que los futuros historiadores puedan ver, con una visión de conjunto, la imagen magistral de una única y gran revolución mundial.

Las estrategias del Este y del Oeste

Mientras, obsesionado con la disuasión pasiva, Occidente renuncia de antemano a la acción activa. Moscú dispone de un sistema militar ofensivo, cuva misión no es la de disuadir a sus adversarios de atacar a la Unión Soviética, sino la de tener a los países de la OTAN bajo una presión paralizante, que asegure la movilidad ofensiva de la política rusa. En otros términos, el objetivo de la estrategia soviética no es el romper una resistencia por la fuerza, sino más bien el neutralizar de antemano toda política contraria a los intereses de la URSS. Si sobreviniese una crisis mayor, los dueños del Kremlin, conscientes de la superioridad de sus fuerzas convencionales, podrían declarar en seguida que no tenían intención de utilizar las armas nucleares, a no ser como respuesta a un ataque de la misma índole, mientras que Occidente, dada la debilidad de sus medios no atómicos, habría de verse obligado a recurrir al armamento nuclear. Semejante disimetría de posiciones es un factor determinante en las actuales relaciones del Este y Oeste. En el primero, las armas atómicas son más bien de cobertura de las convencionales, mientras que en el Oeste son fatalmente sentenciadas a ser el principal medio de combate, como recurso desesperado que podría conducirle al suicidio... Tal es la política caliente del Kremlin, apoyada en un ejército de carácter convencional y potente, frente a la política de disuasión que da al aparato militar del Occidente un carácter rígido y pasivo, a merced del adversario e incapaz de responder de un modo adecuado y ponderado a las exigencias del Este.

Examinemos brevemente el Sector Central del frente europeo. Como en todo enfrentamiento de fuerzas, no es sólo la cuantía y composición de las mismas lo que más importa, sino el espacio o zona de acción donde habrán de actuar y las direcciones de esfuerzo de su maniobra. Si las Divisiones soviéticas estuviesen estacionadas tras el Vístula y los Cárpatos, en lugar de estar desplegadas en las orillas del Elba y de los bosques de Bohemia, la amenaza que ejercerían sobre el Oeste sería ciertamente menor y el tan nombrado glacis de países satélites haría

el papel de cordón sanitario que le cubriera de influencias extrañas. Pero lo cierto es que el dispositivo estratégico de su despliegue no es otro que el adecuado para utilizarlo como "base de partida" de una acción ofensiva contra la Europa Occidental. Es preciso colocarse en Moscú y contemplar desde allí el mapa en el sentido E-O para comprender la importancia de esta base de operaciones, como de partida hacia la relativa pequena península que constituye el conjunto de naciones que aun permanecen libres en la Europa Occidental. Ante la amenaza de las grandes confrontaciones que se preparan en el Extremo Oriente. fidelidad de los pequeños países satélites ocupados en la Segunda Guerra Mundial es una garantía para la retaguardia rusa, en su probable enfrentamiento con China. La pieza maestra del glacis ruso está constituida por el cuadrilátero de Bohemia, que enlaza los dos campos o sectores geopolíticos: el de Praga-Pankow-Varsovia, del Sector Norte, con el de la cuenca danubiana y los Balcanes (Budapest-Bucarest-Sofía). La posesión del triángulo Praga-Pankow-Varsovia garantiza a la URSS una posición dominante sobre el Mar Báltico, vasto mar interior que, por los estrechos entre Noruega y Dinamarca, comunica con el Mar del Norte y el Atlántico. En segundo lugar, la posesión de Polonia, Alemania Oriental y Checoslovaquia, asegura una influencia determinante sobre la Alemania Federal y, por tanto, sobre la Europa Occidental. Con ello se confirma el pen-samiento de Lenin: "Quien posea Alemania dominará a Europa", el cual se mantiene en plena vigencia. La reunificación alemana desde el punto de vista soviético será únicamente posible si la República Federal acepta el régimen de Pankow, lo que no parece probable, pues tal actitud de la Alemania Occidental traería consigo un cambio radical de la actual situación europea, que daría a Moscú una total preeminencia sobre Europa entera.

La política soviética respecto a Europa creemos que se basa en los siguientes supuestos:

—Provocar la disolución de la OTAN y el abandono de las fuerzas americanas estacionadas en Alemania.

- —Impedir la unificación de la Europa Occidental, único posible obstáculo de la expansión rusa hacia el Oeste.
- —Aislar a la República Federal, para anexionarla, "tan pacíficamente como sea posible", a la esfera de la influencia soviética.

La infatigable propaganda contra la República Federal no se justifica más que por el temor que ella inspira a una Rusia preocupada de su seguridad. Moscú sabe perfectamente que la Bundeswehr no podría ser empeñada más que en el cuadro de la Alianza Atlántica, o sea estando firmemente integrada en el campo occidental, pues, de estar aislada, sus doce Divisiones no constituirán un enemigo suficiente para alarmarse.

Con ello, el Kremlin se asegura la doble ventaja de atizar la desconfianza de Occidente hacia la nueva Alemania y la de mantener en los países satélites el miedo al ogro germánico.

La actual Alemania, decepcionada por los excesos del nacionalismo racista y la derrota de 1945, se inclina decididamente hacia Occidente, con la esperanza de poder formar parte de una Europa Occidental unida. Ouizá el retraso en el logro de tal aspiración pudiera hacer pensar a los alemanes del Oeste en el problema más vasto y humano de las relaciones no sólo entre los alemanes de ambas zonas, sino -con un sentido más amplio- en los lazos espirituales que, a lo largo de la Historia, unieron a los alemanes y los países orientales, o sea entre germanos y eslavos, política que fue fielmente mantenida hasta la época del célebre Canciller Bismarck. Dichos países del Este, a excepción de Polonia, mantuvieron siempre amistosas relaciones con el mundo germánico.

El precario equilibrio existente entre la Europa atlántica y la Europa sovietizada es tan débil e inestable, que puede compararse al de la balanza, cuyo fiel no se sabe de qué lado caerá. Occidente debe pensar que sólo un ligero cambio de su influencia pudiera alterar dicho equilibrio, que podría modificar el porvenir entero del Continente. Hoy como ayer, Alemania sigue siendo la clave de Europa.

Una última mirada hacia el Sector del Sureste, que, al comprender el triángulo Budapest-Bucarest-Sofía, adquiere mayor importancia desde la presencia de la flota rusa en el Mediterráneo, pues establece el enlace entre el dispositivo del Ejército Rojo que fija a las fuerzas de Occidente entre el Báltico y los Alpes y el avance ruso por el Mediterráneo, para envolver a Europa por el Sur.

Hasta ahora, la Organización del Atlántico Norte (OTAN.) había confiado en evitar la entrada de los rusos en el Mediterráneo, por la inserción en la misma de Turquía y Grecia; pero el presunto cerrojo de los Dardanelos se ha mostrado bastante débil. La hábil maniobra de la Unión Soviética supo aprovechar el conflicto de Suez para inmiscuirse en las querellas de Occidente con el mundo árabe (negativa de ayuda americana en la construcción de la presa de Assuán y al intento de ocupación del Canal de Suez (1956), dando a Rusia el derecho de intervención en los asuntos del Medio Oriente y de los mares que le circundan. Entre los hechos que atestiguan la creciente influencia rusa, citaremos:

- —Las entregas de armamento, con la correspondiente ayuda técnica y de personal especialista, a los países árabes, en cantidades que exceden en mucho de los fines puramente defensivos.
- —Las frecuentes apariciones de barcos de guerra rusos que cruzan el Mediterráneo ante la presencia de las fuerzas navales de la OTAN y de la VI Flota americana.

Bajo el pretexto de protección, el Kremlin apoya a los países árabes más agitados por movimientos revolucionarios de tendencia pro-soviética.

—El programa de construcciones navales en la URSS, con cruceros portamisiles, buques de desembarco y hasta portaaviones, lo que representa un cambio radical de la estrategia marítima rusa, centrada hasta ahora en los mares interiores Negro y Báltico. Muestra patente es el paso por el Estrecho de Gibraltar de barcos de guerra rusos hacia las aguas del Mar del Norte para enlazarse

con la Escuadra rusa del Norte, con bases en la península de Kola y puerto de Murmansk.

—El creciente aprovechamiento de las bases y puertos de Siria y Egipto (Latakia, Alejandría) y sus crecientes miras sobre las antiguas bases navales francesas de Túnez y Argelia (Bizerta, Mazalquivir).

Aun contando Occidente con la relativa firmeza del Gobierno de Ankara para hacer respetar el Tratado de Montreux (1936), que regula el paso por el Bósforo de navíos de guerra entre el Mediterráneo y el Mar Negro, las costas del mar Egeo, e incluso las del Adriático, pudieran ser un atractivo objetivo para las fuerzas de desembarco de la Escuadra rusa, acercando su influencia no sólo al Canal de Otranto v Sur de Italia, sino a la cuenca del Mediterráneo occidental. El progreso de tal estrategia, apoyado por una fuerza aérea con bases en los Balcanes, podría llegar a aislar a Grecia y Turquía de sus aliados occidentales y facilitar la comunicación con los países árabes del Mogreb (reciente viaje del Presidente ruso Podgorny a Argelia y Marruecos), e incluso con Africa negra.

Cierto que no es verosímil se lance Rusia, por ahora, en tales aventuras; pero aprovechará todas las ocasiones para extender su influencia política. En el terreno de su ideología existen, sin duda, muchas posibilidades, como la de explotar la histórica enemistad entre servios y búlgaros, griegos y albaneses e incluso en la misma Yugoslavia, avivando las antiguas rivalidades de los pueblos que habitan su complicada orografía (cosa no probable mientras gobierne Tito).

Con acciones a través de los Balcanes en dirección al Mediterráneo, el grupo sur de países satélites (Bulgaria, Rumania y Hungría) ofrecería a la política soviética la retaguardia indispensable para su avance hacia el Mediterráneo. Tal es uno de los motivos esenciales para detener o cortar todo intento de liberación perjudicial a su influencia política. Toda evolución que exceda de los límites fijados por el Kremlin, atraerá sobre ellos las fuerzas de represión rusas. Si las represalias de Moscú tuvieran que enfrentarse, en ciertas zonas o regiones, con resistencias de alguna cuantía, su actuación militar podría ocasionar verdadero peligro para el resto de Europa, ya que sería cándido pensar que una política de disuasión —tan propicia para adormecer las suspicacias de Occidente- pudiera romper fácilmente las cadenas que el poder soviético impone a los pueblos sojuzgados. Su labor de penetración en el Oriente Medio y en el Mediterráneo será tan dura e implacable como la ejercida sobre los países satelizados hasta el presente.

Algunos gobiernos de los países occidentales europeos no se dan perfecta cuenta de la íntima relación que existe entre el proceso inquietante de la penetración rusa en el flanco suroriental de la OTAN y su propia seguridad. ¡Con qué facilidad transfieren a la ONU o a Norteamérica el cuidado de decidir sobre problemas absolutamente vitales para sus respectivos países!

El últimamente aparecido de la presencia rusa en el teatro mediterráneo puede y de hecho afectará al porvenir de las naciones de sus ambas orillas. Que el Occidente europeo sea consciente del peligro que le amenaza y una su voz y sus medios de acción para manifestar su presencia y poder escapar al envolvimiento soviético. Sucesos bien recientes deben hacernos abrir los ojos. La política de disuasión no puede tener acción eficaz si no es apoyada en una potente conjunción de fuerzas y en una voluntad de lucha claramente expresada... El deseo de paz ha de respaldarse con una firme resolución de resistencia activa... Si los pueblos europeos aún libres no tienen el valor de reconocer v afrontar estas duras realidades, no les quedará más que confesar su impotencia política, que traerá consigo la impotencia militar, hacia la que está en riesgo de deslizarse, si no se pone pronto remedio.